

CAPITULO XXI.

El cual sería de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si el cronista de esta historia hubiera sabido de mejor manera relatarlo.

Yo estoy sola á estas horas,
y lloro, y lloro, y lloro,
porque siento que el corazon se me rompe.

MARGARITA.—EL FAUSTO.

Basta del almogávar y de su querida.

Así como así, aunque tan humildes, han llenado ya lo mejor de la historia. ¿No será justo que dejemos algún capítulo para doña Inés, algún capítulo para don Ramiro?

Pues á fe que bien lo merece la estraña situacion en que ambos se encuentran.

Ya ha llegado don Ramiro, y se ha cumplido el

deseo de verlo que tenia doña Inés: ya ha vuelto don Ramiro, y se han realizado los temores y las penas que doña Inés sentia.

Vino el trance de la separacion, la hora de que don Ramiro entrase de nuevo en aquel claustro de San Pedro el viejo, tan lúgubre y tan sombrío, que habia hecho levantar para eso; vino la ocasion de que doña Inés se hallase sola en el mundo, sin poder mas llamarse esposa ni amante.

Por cierto que la historia se reanuda, y de suerte que no parece que haya trascurrido tiempo alguno, ni algunos sucesos; que no parece que los ricos-hombres se revelaran, ni que el rey huyera, ni que don Ramiro fuera guerrero por ser monje, ni que doña Inés llorara ausencias que apartaban de ella la ausencia eterna. Todo vuelve al sér que tenia el dia despues que se puso la última piedra en San Pedro el viejo.

Pero no; hay una cosa de mas, que son los nuevos remordimientos de don Ramiro.

Pálido, inquieto, desencajadas las facciones del rostro, dejó éste el gran concurso que habia acudido á recibirlo y se retiró á lo interior del alcázar: allí despidió aun á los pocos que le seguian y se quedó solo.

Vagando por aquí y por allí, llegó á la puerta de una alcoba ricamente decorada, y dudó un momento si habia ó no de entrar en ella: parecia que una esperanza le impulsaba al propio tiempo que un presentimiento le apartaba de allí; era la alcoba nupcial.

Entró al cabo: entró llevando consigo sus remordimientos, que no le daban descanso alguno, buscando no sabía qué, una cosa imposible; la calma de los años de su infancia, el reposo de los días serenos de su monasterio.

Y mirando al propio tiempo en el espacio ojos que no le miraban, distinguiendo rostros que no había; ojos amenazadores, rostros ensangrentados.

Era el arzobispo Pedro de Luesia, con sus hábitos pontificales, segada la cabeza por la garganta, y destilando sangre; era Ferriz de Lizana, revueltas y manchadas las venerables canas, azotadas las gloriosas cicatrices del rostro, maldiciendo aun después de muerto á su asesino; era Roldán, era García de Vidaura: eran todos los ricos hombres degollados.

¡Ay de don Ramiro! ¡ay del monje apóstata en cuyo nombre se habían hecho tantas muertes, aunque fuera sin orden suya, aunque de sus labios no hubiera salido otra palabra que la palabra perdon!

Tanta sangre derramada caería sobre él gota á gota: aquel delito espantoso sería una nueva causa de condenación eterna: con esto y el quebrantamiento de sus votos, su perdición debía reputarse como irremediable.

¡Ay! ¡ay de don Ramiro! ¡Ay! ¡ay del rey de Aragón!

Tal pensaba él al entrar en la alcoba nupcial; tales ideas, amontonándose en su fantasía, le arrastraban no sabía ya adónde, al través de tinieblas y tinieblas, por en medio de multiformes y horrendas

fantasmas. Su exaltación religiosa había llegado á un punto estremo que confinaba con el delirio; con la insania.

Y si al entrar en la alcoba donde pasó tan venturosas horas se hubiera hallado á solas con la noche y consigo mismo, otro habría sido el fin que señalasen las historias al rey don Ramiro; habría acabado por estar loco.

Pero al mirar desatentado por todas partes, sus ojos se fijaron sin querer en una sombra apacible que delante de él se levantaba, la cual le pareció un rayo de luz en noche cerrada, un manantial en el desierto, un ángel del cielo que venia á templar su exaltación horrible.

¿Qué era aquella sombra? ¿Qué era aquella vision inesperada? Don Ramiro se paró sin osar acercarse á ella, conteniendo aun la respiración como si temiera espantarla, como si temiera verla desaparecer á manera que la niebla desaparece al rebullirse el viento, y la paloma al sentir el sdn del torrente, y la espuma del mar al tocar en la arena.

Suspense inmóvil, puesto el ánimo entre los remordimientos y la esperanza, miraba y tornaba á mirar aquella sombra sin comprenderla.

Ya los ojos de don Ramiro, que comenzaban á acostumbrarse á las sombras, le dejaban distinguir algo; y á creerlos á los ojos, lo que había allí era una mujer arrodillada y de espaldas á la puerta por donde había entrado don Ramiro; sueltos los cabellos y derramados en una garganta blanca como el cuello de un cisne; cabellos de color de oro.

De cuando en cuando levantaba los brazos al cielo, y flotaban las anchas mangas de su vestido blanco; y al hacer aquel movimiento, no parecía sino que iba á tomar vuelo para levantarse y subir al empireo.

¡Oh! si era un ángel, las formas las tenía de mujer; mas en verdad ¿qué otra forma podrían tomar los ángeles si bajaran á la tierra?

Mentira parece; pero el cronista asegura, y de nuestra parte nos sentimos muy inclinados á darle crédito, que tan grandes como eran los combates que tenía don Ramiro en la cabeza, se dispararon casi del todo; que su frente se serenó y sus ojos se pusieron claros: que la desatada rueda de sus pensamientos calmó un tanto sus incansables giros; y en el punto mismo en que iba á estallar la locura en su mente, sintióla llena de inefable esperanza.

¿Es que Dios se compadece al fin de sus culpas?
¿Es que su justicia está satisfecha con los tormentos que habian ya desgarrado su alma y envia un ángel que ponga término á ellos?

¿Qué sabe don Ramiro? Pero el caso es que sin querer, al iluminarlo aquella idea de esperanza, dió algunos pasos hacia la vision dichosa de quien la recibia: tornó ella al oírlos su rostro de mujer, y lanzó un grito indefinible y levantóse al punto; y don Ramiro reconoció en ella á la reina.

Su ilusion se habia desvanecido; pero no la calma de su frente, no el reposo inefable de su corazón.

Porque á la verdad si doña Inés no era un ángel,

estaba tan hermosa, tan verdaderamente angelical, que no habia medio de echar de menos junto á ella cosa alguna. Y luego el amor que dentro de su alma le profesaba don Ramiro; y luego la ausencia, y el recuerdo de que era madre de su hija bien disculpan que el rey se contentase con verla á ella y no echase al pronto de menos la ilusion que habia perdido.

—; Doña Inés!

—; Don Ramiro!

Fueron las primeras exclamaciones de los esposos al verse. Don Ramiro dió tres pasos adelante para recibir á su esposa, y esta se precipitó á él con los brazos levantados; pero al llegar uno junto al otro, don Ramiro volvió á echar atrás los tres pasos que habia dado hacia adelante; doña Inés quedó parada, incierta, indicando en su actitud un abrazo imposible, derramando gruesas lagrimas, que lentamente resbalaban por sus mejillas.

Al cabo don Ramiro rompió el silencio.

—; Ah! doña Inés, dijo; libres estamos ya para cumplir nuestros votos, y hoy mas que nunca debemos abstenernos de faltar á ellos. Mirad cómo nos protege Dios, cómo á vos os ha sacado de cautiverio, y á mí de humillaciones, para que uno y otro podamos libremente salvar nuestras almas.

La reina no lloraba á la sazón; en sus ojos se leia esa resignacion infinita, indefinible, que solo saben tener las mujeres, y las mujeres religiosas.

Don Ramiro continuó:

—; Sabeis que me alegro de hallaros antes de

retirarme al monasterio? ¿Sabeis que es dichoso azar que yo aquí os encuentre? Pensé que salierais á esperarme

— ¡No os han dicho, señor, que os aguardaba yo aquí? dijo la reina tímidamente.

— Si he de deciros la verdad, no sé, no sé; mi cabeza estaba tan revuelta que no pude oirlo. Parece que Castana . . . mas ¿no sabeis lo que le ha pasado á Aznar? ¡Ah! señora, ¿no sabeis lo que ha sido de los ricoshombres?

Y al decir esto su frente comenzaba á nublarse de nuevo.

— Todo lo sé, don Ramiro.

¡Ah! pues entonces, dijo el rey acercándose á doña Inés; entonces ya sabréis cuánta es mi desdicha: ya sabréis que nuevos remordimientos pesan sobre mí: yo no puedo, no puedo ya con ellos, no hay penitencia ya que baste á rescatar mis culpas.

— Y ¿qué culpa tenéis vos, don Ramiro, de que esas muertes se hayan ejecutado? ¡Oh esposo mio, no os atormentéis así voluntariamente! Cuando entrasteis vuestro rostro estaba sereno, alegre; tal como debe estar el rostro del hermano cuando ve á la hermana querida después de una ausencia peligrosa. ¡Y ya veis que he aprendido á llamaros hermano; ¡pero me ha costado tanto! ¡tanto! porque mientras más esfuerzos hacia mi cabeza por persuadírme, mas me decía el corazón otro nombre mas tierno. Hermano, hermano mio, ¿cuál es, pues, la causa de que al verme os hayais entristecido? Ya sé yo que no puedo servir de consuelo; pero el pe-

sar ¿por qué tampoco he de causároslo? Yo no quiero nada, no os pido nada, sino que no me aborrezcais.

— ¡Aborreceros! exclamó don Ramiro. ¡Ah! ojalá pudiera solo dejar de amaros.

— ¡Qué! ¿eso, eso deseáis? dijo doña Inés saltándosele las lágrimas al propio tiempo.

— Eso deseo, si, para vuestra tranquilidad y la mia.

— ¡Ah! entonces comprendo bien por qué no prestasteis atención á Castana cuando os dijo que yo os aguardaba en este aposento: no hay que buscar otra causa. Comprendo que maldigais la casualidad que nos ha reunido, y que por eso os entristeceis al verme despues de una ausencia que me ha costado tantas lágrimas. ¿No os basta con que yo renuncie al nombre de esposa? Porque mis derechos bien podriais quitármelos; pero el nombre no, sino que por complaceros yo lo dejara. ¿No os basta eso, sino que á mas habeis de deplorar los pocos momentos en que me veis? ¿Qué diferencia hay entre esto y aborrecerme, como yo digo?

Estais engañada, doña Inés; no me ha entristecido el veros; me ha entristecido el oiros, porque me recordasteis sin quererlo aquellos sucesos horribles, espantosos, que me hacen mucho peso en la cabeza y me oprimen mucho el corazón. El veros ¿cómo habia de entristecerme? Si yo os contara lo que me ha sucedido! si yo os dijera que me habeis hecho feliz por un instante; feliz como el día

de nuestras bodas, como no lo soy desde el punto en que solté los silicios y vestí este malhadado traje de rey!

—¿Yo haceros feliz? ¿Qué decís, don Ramiro? ¿Sabéis que no habría para mí felicidad como esa, de poder haceros feliz, aunque fuera por breves instantes?

—Sí, sí, muy feliz me habeis hecho. Figuraos que yo venia cargado de remordimientos, loco, sin esperanza, y que al llegar aquí veo una sombra celestial, veo una mujer arrodillada que levantaba al cielo los brazos como pidiendo misericordia para sí.

Oh! no, no, le interrumpió doña Inés: no la pedía para mí, pedíala para vos.

—Gracias, gracias; porque sin duda el cielo os oyó y la tuvo de mí en aquel momento. Yo sentia ya romperse dentro de mí alguna cosa; no sé si era el corazon, no sé si era la frente; solo sé que era parte del ser mio lo que iba á estallar, que era la vida en que caben el arrepentimiento y el dolor lo que se me escapaba, dejando solo á mi espíritu la vida necesaria para padecer despues en el infierno.

Oh! delirais, delirais.

—No, no; digo que vos me habeis salvado: antes de verós sí que deliraba; y aun creo que iba á volverme loco. . . . los locos no pueden tener ya arrepentimiento, ¿no es verdad. . .? ¿no es verdad que ya no pueden implorar para sí el perdon de sus culpas? ¿no es verdad que si me hubiera vuelto loco mi espíritu habria quedado con la mancha que tie-

ne sin poder lavarla jamas? A vos debo el poder esperar salvacion todavia.

—Dichosa yo si eso hice, don Ramiro.

Si, eso hicisteis, continuó don Ramiro con la propia exaltacion que antes: os ví tan hermosa, con esos cabellos rubios derramados por la garganta; con ese vestido blanco que parece tejido con aire y con luz; os ví, digo, tan celestial, que no supe conoceros, y no me parecisteis vos misma, sino un ángel que bajaba del cielo á darme consuelos, trayéndome el perdon del Señor.

—Ah! exclamó doña Inés.

—¿Suspirais?

—Suspiro porque me habiais hecho creer que fuese de mi propia de quien os vino el consuelo, y no fué sino de una ilusion de vuestros sentidos.

—Oh! no digais eso, doña Inés: no hay ángeles mas bellos que vos, no puede haberlos. . . . me haréis decir blasfemias.

Era de ver la satisfaccion interior, el puro regocijo que asomó en el rostro de doña Inés al oír estas palabras.

Don Ramiro, sin reparar en eso continuó:

—Yo no sé si habré cometido con esto un nuevo pecado; mas hais de saber, doña Inés, que si pensando que erais un ángel me acerqué á vos, cuando supe que erais vos misma, que era doña Inés á quien veia, no eché al ángel de menos. ¡Tan dulce me pareció vuestra vista!

Doña Inés, sin poder contener mas su emocion, lanzó un grito de alegría y se adelantó involunta-

riamente hácia don Ramiro: mas éste retrocedió algunos pasos, y rendido de tanta exaltacion, se dejó caer en uno de los cojines lujosos que decoraban el aposento. Ideas de despecho y de esperanza, de temor y de osadía, de placer y de pena pasaron á un tiempo por su cabeza. Mas poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas, y apareció una sola que le ardia en los ojos y en la frente; una que se conocia que lo arrastraba á pesar suyo como arrastraban su débil y vacilante espíritu todas las impresiones estrañas, como los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió esfuerzo en el combate. ¿Qué idea le asaltará ahora? ¿Qué idea nueva será esa que le infunde la vista de la hermosa doña Inés?

Y mientras caen los agitados rizos que la sofocan á su ansiosa faz, aumenta en su congoja sus hechizos la blanca mano que á apartarlos va.



Largo fué por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés. Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-

que el espíritu es fuerte, pero débil la carne, es lección de un padre de la Iglesia, que no deja de hallar aquí algun apoyo y ejemplo.

CAPITULO XXII

Y mientras caen los agitados rizos que la sofocan á su ansiosa faz, aumenta en su congoja sus hechizos la blanca mano que á apartarlos va.

ESPRONCEDA.



Largo fué por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés. Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-